

que veis, es el desdichado rey de Andalucía, compadeceos de él.» Pues nadie se compadeció. Y hasta la muerte implacable tardó en llevárselo, para que supiese á ciencia cierta el resultado espantable de las traiciones perpetradas contra su Dios, contra su raza, y contra su patria.

CAPÍTULO XXV.

Era la madrugada gloriosísima del segundo día de Enero de 1492. La nación, que siete siglos antes desapareciera borrada del mapa de las naciones latinas por el encendido aliento de los desiertos africanos, rehecha y resucitada, merced al valor y á la constancia de sus hijos, ascendía esplendente al zenit de su grandeza, y no sólo remataba su indispensable independencia coronada por la unidad, sino que inventa en el planeta continentes y archipiélagos desconocidos, en el cielo constelaciones jamás vistas, como si el Criador le hubiera prestado su fuerza creadora y le hubiera transmitido el don de los milagros. ¡Quién les hubiese dicho á los restauradores primeros de la nacionalidad española, quién les hubiese dicho á un Pelayo, á un Abarca, en sus breñas abruptas, en sus reñecillos semejantes á refugios de águilas, en sus primeros descensos al llano y correrías por las cumbres,

cuando sus territorios no pasaban del manantial de algún río naciente, ó del picacho de algún monte aislado, que aquellas rudimentarias y modestas monarquías estaban llamadas á confluír en una sola, que arrastrase al desierto líbico las ricas diademas ismaelitas y engarzara el Atlántico y el Pacífico, mares inexplorados, islas desconocidas, en el blasón de su grandeza! Por un lado, aquellos héroes, que bajaban del Pirineo, y que construían con sus piadosas manos San Juan de la Peña, llegando en tres siglos á recoger la marca hispánica, trazada por Carlo Magno, y á levantar la cruz en Zaragoza; por otro lado, aquellos héroes de Asturias, de León, de Galicia, siguiendo las orillas del Miño, del Duero, del Tajo, del Segura y del Guadalquivir, hasta rescatar desde Santiago á León y Burgos, de León y Burgos á Toledo, de Toledo á Córdoba y Sevilla. ¡Cuántos esfuerzos heroicos, y sacrificios cruentísimos, y martirios indescriptibles, y combates gigantescos en aquella guerra de siete siglos, donde así que respirábamos un poco, así que veíamos el claror de alguna ilusión, el horizonte de alguna esperanza, encrespábanse los espacios africanos y sus turbulentos mares de arena, enviándonos almoravides, almohades, benimerines, zegríes, abencerrajes, gomeles, á renovar su conquista y á remachar nuestra servidumbre! De Covadonga á Simancas, de Simancas á Clavijo, de Clavijo á Calatañazor, de Calatañazor á Toledo y Cuenca, de Cuenca y Toledo á las Navas, de las

Navas al Salado, del Salado á Granada, ¡cuán épica historia, completada por las grandezas de aquellos Berengüeres, de aquellos Alonsos, de aquellos Jaimes, de aquellos Pedros, que rescataron el ibero río de nuestros padres, que pusieron la cruz en Mallorca y Valencia, y que luego, de triunfo en triunfo, llegaron hasta Sicilia y hasta Grecia, extendiendo las hermosas islas mediterráneas, como ninfas y nereidas, en torno del carro de nuestras glorias! Y todo esto se corona, y todo esto se unifica, y todo esto se remata el día, no bastante celebrado, en que vuelve la más hermosa entre todas las españolas ciudades, al maternal regazo de su patria.

¡Oh vega de Granada! El español, que no sabe de memoria todo cuanto ha brotado en tus cármenes, desconoce á su patria. Como Venecia en el mar oriental de Italia, como Florencia en el centro de la bellísima península; Granada, la guerra de Granada, el sitio de Granada, la toma de Granada, representan la florescencia y la primavera del renacimiento español. En Granada Colón se despide para su viaje fabuloso; en Granada, Gonzalo de Córdoba se adiestra para sus guerras épicas; las competencias y luchas con los moros granadinos aceran á los Ponces que allá en su vejez descubren las corrientes del ignorado Missisipi, recibiendo por sus milagros el homenaje debido á un Dios entre las tribus de los primitivos indios; Granada inspira ese romancero morisco, en cuyas asonancias se

une al genio de los occidentales el genio del Oriente; en Granada trazan los grandes y maravillosos escritores latinos de aquel tiempo en la lengua de Cicerón las grandezas de su historia y las hazañas de sus sitiadores; al pié de las torres Bermejas, á la vista del maravilloso palacio mahometano, entre las florestas cubiertas de azahar donde los palmerales vibran y las rosas de Alejandría huelen, concluye la edad caballeresca, pero también los tiempos feudales, comienzan los Estados potentísimos, pero también los tiempos modernos. No se puede, no, volver la vista por ninguna de las manifestaciones del arte nuestro, sin que salte Granada como la perla oriental, que contiene todos los matices de nuestra inspiración. La cuna del teatro español que ha de rivalizar con los dos primeros teatros del mundo; los cuadros de Berruguete y de Gallegos que han de iniciar esta pintura tan espléndida, como nuestros horizontes; las capillas del Condestable y del Cardenal en la iglesia toledana, donde resplandecen las áureas conchas de Santiago sobre paños de púrpura y duermen los jóvenes de la familia de Albornoz muertos en el real de Granada con su tizona sobre su armadura, su cabellera cayéndole á raudales sobre los hombros, la espuela damasquinada en la bota de acero, y la gorra florentina recamada de pedrería en la cabeza recostada sobre los anchos almohadones; aquellas sillas del coro, que ostentan las conquistas más gloriosas talladas en madera, perpetuando los recuerdos

imperecederos de vencedores y vencidos; aquel hospital de Mendoza, con sus fachadas y sus patios platerescos engarzando las grecas mudejares en el gótico reluciendo sobre su ocaso y en el renacimiento greco-latino levantándose al zenit esplendoroso; San Juan de los Reyes, la obra más esbelta y más airoso de la grande arquitectura eclesiástica, bordada con todo cuanto han podido idear de más bello los escultores, que parecían tener el secreto de ablandar la piedra y amoldarla entre sus dedos á todos los caprichos de la fantasía, San Juan de los Reyes, por cuyos claustros vaga la sombra de Cisneros y de cuyo ábside penden las cadenas de los cautivos rescatados en esta campaña; tantos y tales recuerdos épicos hablan á todos los corazones patriotas y á toda la nación española de aquella su histórica grandeza, destinada indudablemente á crecer en la sucesión de los siglos, mostrando todo el heroísmo de nuestra raza.

Era de ver aquel campamento. Para formarse una idea del esplendoroso lujo que lo decoraba, precisa ver los frescos de aquel tiempo, los cartones de Paulo Ucello reproducidos por Felipe II en el Escorial; ó los cuadros de Van-Eyk, quien arribó hasta Granada en sus viajes; ó las grandes figuras de la sacristía de Siena, dejadas allí por el pincel de Pinturricchio; los brocados vestidos por damas y caballeros; los tisúes de oro y plata que no podía un puñal atravesar; las áureas bordaduras de artísticos realces; los plumajes traídos entonces por las

expediciones lusitanas del Asia y de la India; las gasas orientales que servían á los bellos rostros como las sombras á las estrellas; el copioso encuentro de perlas en los mares, y esmeraldas en los montes por aquellas recién invenidas comarcas; el artístico gusto resucitado por pintores y escultores del seno de Grecia y traído al seno de Italia para irradiarse por Europa; estas ventajas de la civilización moderna, que se iniciaban entonces, veíanse reunidas en el real de Granada, como en ninguna otra parte, gracias el esplendor mágico de nuestra hermosa patria. Imagináo las tiendas innumerables de brocados riquísimos, donde pendían los tapices de Arras con sus realzadas figuras; las alfombras de Persia que valían un imperio; las mesas talladas con todas las guirnaldas del deslumbrador Renacimiento; los platos áureos repujados en Florencia; los vasos de cristal de roca puestos sobre piés de oro lloviznados todos ellos con rocío de rubíes; las armaduras embutidas con toda suerte de metales preciosos; las adargas ricamente grabadas con los blasones de sus respectivos dueños; las lanzas parecidas á rayos del cielo por lo fulminantes; las espadas con sus empuñaduras de sin igual valor; los talíes sembrados de zafiros y ópalos; todas aquellas maravillas del arte, que parecían á una ensueños fantásticos de poetas y no realidades verdaderas del mundo. ¡Y en medio de tanto lujo, más propio para la molicie que para la guerra, cuánto valor y esfuerzo! Quien hubiese

visto, por ejemplo, al marqués de Cádiz, vestido con su túnica mora de oriental tisú, ornado el pecho de venecianos encajes, pendiente del hombro capa de terciopelo negro bordada de oro, rojas calzas de seda indiana y zapatos de telas acuchilladas y con pedrería, la gorra de cintillo y plumaje á la cabeza, el cinturón de zafiros y esmeraldas al cuerpo, una especie de alfanje al costado y guantes con puños de metales preciosos, no le creyera ciertamente aquel vencedor en cien combates, que á los cuarenta y cinco años había saltado tantos muros, visto tantos pueblos y fuertes puestos á sus piés y rendidos á su brazo, hecho tantas campañas como los primeros héroes de la historia y como los primeros campeones de la guerra. Y allí, en aquel campamento, sucedíanse á las cenas las danzas, á las danzas los conciertos, á los conciertos los torneos, á los torneos los juegos de cañas y de sortijas. Mas, entre tantos placeres, no había ninguno como pelear y morir. Á lo mejor Fernando del Pulgar trazaba con la punta de sus armas en las puertas mismas de aquel paraíso musulmán el *Ave María* invocada todas las tardes, al morir el sol, en el campamento, entre los repiques de la campana que llamaba con sus ecos á la oración y entre los destellos de las primeras estrellas que surgían, al comenzar las sombras de la noche. Otras veces, el célebre moro Tarfe, inmortalizado por nuestros romances, retaba los caballeros cristianos á singular combate y sostenía

personal pelea. En mil ocasiones, Muza, el árabe, á quien más dolía la postración de su raza, iba en busca de la muerte para no ver la capitulación de su Granada. Y así alternaban los placeres con los dolores en aquel sitio, comparado y comparable á los asedios antiguos por su duración y por sus continuos y porfiados combates. Mas no tenía remedio, el destino decretaba la victoria de los cristianos, y los árabes debían rendirse, dado su fatalismo, á los decretos del destino. La capitulación se firmó, llegando, por fin, el día de la entrega, ó sea, el 2 de Enero de 1492.

En la víspera de tal acontecimiento, los Reyes tomaron todas las precauciones indispensables para que no pudiese deslustrarse. Los pregoneros del campamento notificaron á voces cómo, al amanecer del día siguiente, debían hallarse las tropas apercebidas á la entrada y con sus mejores aprestos y arreos. También se dieron rigurosas órdenes á fin de que los caballeros y sus pajes y todas las jentes de pró se presentaran revestidos de sus mejores galas y ornados con sus más bellas preseas. No rayaba el alba por las altas y empinadas crestas, cuando los clarines confundían sus llamamientos con los píos y arpegios de las vigilantes alondras. El cielo tenía ese azul claro que presentan los horizontes meridionales si pica el frío, haciendo transparentarse al aire. Las nieves de la sierra nunca relumbraron como aquella mañana, con tal esplendor, ni lucieron sus colosales facetas de diamante.

Aunque riguroso el invierno, los muchos árboles, que no pierden la hoja en la dura estación, como cipreses, olivos, palmeras, limoneros, laureles, hallábanse realzados con gotas de rocío y bordaduras de escarcha. Nada tan hermoso como aquel amanecer, cuando los primeros rayos de luz rebotaban en las armas y en las armaduras de los cristianos, tendidos por la vega, y hacían resaltar los trajes y los turbantes multicolores de los árabes agrupados por última vez en sus torres y en sus torreones. ¡Qué contraste, Dios mío, el de las campanas, saludando, desde las torres de Santa Fe, al nuevo día, con los muhecines ó muhedanos, por vez última, diciendo en luctuosos acentos, desde los minaretes de sus mezquitas, las alabanzas al Dios de los musulimes cercano á ser proscrito de aquel edén, hecho para placer de los suyos por las manos de las huríes y de los ángeles! Desde Santa Fe podía la vista contemplar aquel maravillosísimo espectáculo, nunca tan hermoso, como al salir la ciudad sultana de sus harenes para postrarse ante las aras de los altares católicos. Desde allí, desde el real de Santa Fe, podía verse á la derecha el valle inmenso, entre cuyas arboledas y plantíos culebrea el Genil; á la izquierda Sierra Elvira, y como acercándose á sus lavas frías, el tormentoso Albaicín, coronado con su formidable Alcazaba, y el Darro abriéndose paso entre colinas encantadas y por lecho de granito; al frente los cristales de la sierra, cuyas faldas, entre azules y rosáceas, ento-

naba la luz matinal; y más abajo de la Sierra, el Generalife con sus rotondas de porcelana y sus tejas de reverberaciones metálicas entre bosques de mirtos y de adelfas; el cerro más hermoso, el cerro de la Alhambra, poblado de sus innumerables torres, á las cuales han dado tintes, que llegan del rosa pálido al carmín rojo, los ardores del Mediodía, y entre tanta belleza, la ciudad como una granada que se hubiese abierto al caer de los edenes del cielo á los abismos del mundo.

Ya el sol montaba de su oriente á su zenit, cuando el cardenal arzobispo de Toledo, Mendoza, llevando á su frente la cruz de plata, que debía erguir sobre Granada, como la irguiera sobre cien otros pueblos rescatados á la morisma, encaminábase con dos mil milites de todas armas, equipados brillantemente, á posesionarse de la deseada conquista. Los trajes eclesiásticos de la comitiva, su propia roja púrpura cardenalicia, mezclada con las casullas de sus diáconos, caballeros en los litúrgicos mulos, al frente de un ejército en marcha, contrastarían hoy con todos nuestros sentimientos y todos nuestros gustos, pero no entonces, por tener cada prelado una parte de temporal poder, é ir anejas á sus facultades religiosas, ciertas prerogativas soberanas, sin las cuales no se concebía ninguna dignidad social ni aun al morir y espirar el feudalismo. Este Mendoza, el gran cardenal de España, más que bendecido, había guerreado en su vida. Los bastardos suyos constituían parte importantísi-

ma en aquella corte; y las rentas de su arzobispado como las mesnadas habían mil veces contribuído, no sólo á la reconquista cristiana, sino también á las guerras civiles, dispendiando aquellas y dirigiendo estas á medida de su gusto. Hasta en la muerte quiso tener un sueño violento. Como el cabildo toledano le negara sepultura en el altar mayor de la catedral, entró nocturnamente con varios alarifes, derribó la pared grandiosa de la izquierda, é instaló allí, adornada con todas las preseas paganas del renacimiento, su tumba, frente al paño donde los ángeles góticos, puestos sobre un bosque de botareles airosos, extienden sus alas áureas en el espacio, y producen tañendo con silencio, á la callada, múltiples instrumentos músicos, suaves melodías, cuyos ecos animan las estatuas yacentes de los reyes enterrados con sus coronas á la cabeza y sus cetros en las manos bajo sus blasones históricos; y las estatuas hieráticas de los santos y de las vírgenes que suben sobre alas y estrellas al empireo; y las figuras destacadas de los vidrios multicolores que vuelan como ideales mariposas por los triángulos de la ojiva entre deslumbradores iris, á cuyos matices los ojos columbran las cimas de otro mundo mejor y alcanzan la visión beatífica del Eterno. Caballero feudal el gran Mendoza, la mano poderosísima de la monarquía lo refrenó como á todos los nobles de aquella edad, y lo impelió á una guerra en que perdía sus dominios el moro al par que sus privilegios el feudalismo. Por